

Vida Real: reyes y reinas latinos en Cataluña (y más allá)

Vida real: reis e rainhas latinos na Catalunha (e mais além)

Real life: Latin kings and queens in the Cataluña (and further)

Carles Feixa *

Resumen

Vida Real define la vida diaria, cotidiana, real, de cualquier grupo humano (en este caso un grupo de jóvenes migrantes), que contrasta con los mitos y leyendas que otros grupos (en este caso, los adultos nativos a través de sus medios de comunicación) producen en torno al mismo; por otra parte es la vida de la *realeza*, es decir, de los miembros de la Todopoderosa Nación de los Reyes y Reinas Latinos, internacionalmente conocidos como la peligrosa banda de los *Latin Kings*. *Vida Real* es también el nombre que los reyes y reinas de Cataluña pusieron al primer disco de *hip-hop* y *reagueton* que sacaron al mercado, y el de una investigación *implicada* en curso, cuyos orígenes e itinerarios este texto aspira a mapear.

Palabras claves

Culturas juveniles; asociaciones juveniles; transnacionalismo; latin kings & queens

Resumo

Vida Real define o dia a dia, o cotidiano concreto de qualquer agrupamento humano (no caso, um grupo de jovens migrantes), que contrasta com os mitos e lendas que outros grupos (no caso, os adultos locais e os sentidos atribuídos pelos meios de comunicação) produzem em torno do mesmo; por outro lado, encontra-se a vida da *realeza*, ou seja, dos membros da Toda Poderosa Nação de Reis e Rainhas Latinos, internacionalmente conhecidos como a “perigosa gangue” dos *Latin Kings*. *Vida Real* é também o nome que os reis e rainhas da Catalunha atribuíram ao primeiro disco de *hip-hop* e *reagueton* disponibilizado no mercado fonográfico; e é, também, a denominação desta investigação *implicada* que se encontra em andamento e cujas origens e itinerários este texto objetiva mapear.

Palavras-chave

Culturas juvenis; associações juvenis; transnacionalismo; reis e rainhas latinos

Abstract

Real life defines daily life, everyday, real, any human group (in this case a group of young migrants), which contrasts with the myths and legends that other groups (in this case, the adult natives through their media means communication) occur around the same; on the other hand is the life of *royalty*, namely the members of the Almighty Nation of Latin Kings and Queens, internationally known as the dangerous gang of *Latin Kings*. *Real life* is also the name the kings and queens of Catalonia was the first disc of *hip-hop* and

· Profesor de Antropología Social en la Universidad de Lleida (Cataluña-España). Autor de libros como *De jóvenes, bandas y tribus* (Ariel, Barcelona, 4ª edición 2008) y coautor de *Jovens na América Latina* (São Paulo, 2004). E-mail: feixa@geosoc.udl.es.

reagueton that brought to market, and an investigation *implicated* in progress, whose origins and itineraries this text aims to map.

Keywords

Youthful cultures; youthful associations; (*trans*)nationalism; latin kings and queens

Prólogo: ¿Caníbales o reyes?

Comerse al enemigo es, literalmente, extraer fuerzas de su aniquilación.
Marvin Harris. *Cannibals and Kinas*. 1978

Como algunos antropólogos... uno puede acabar sintiendo compasión por los caníbales, y con tanta compasión casi te olvidabas de la víctimas...
X. Rius-Sant, “Caníbales y bandas latinas”, *El País*, 16/12/05.

Royal Life es el título de un disco de música *hip-hop* y *reagueton* que un puñado de jóvenes latinos de Catalunya sacaron al mercado en 2006. En castellano, *Vida Real* puede tener dos significados: por una parte es la vida *real* de cualquier grupo humano, la vida diaria, cotidiana, rutinaria, que contrasta con los mitos y leyendas que otros grupos (en nuestra sociedad, sobre todo, los medios de comunicación), construyen sobre cualquier identidad social enemiga, marginada, clandestina o simplemente desconocida; por otra parte es la vida de la *realeza*, es decir, de los miembros de la Todopoderosa Nación de los Reyes y Reinas Latinos (internacionalmente conocidos como *latin kings*), con quienes he estado estrechamente en contacto a lo largo en los últimos años, y junto a quienes he recorrido el largo e intrincado camino que va de la fantasmagoría a la presencia. Este texto narra el viaje al interior de los *Latin Kings*, la exploración de un territorio desconocido – para el investigador, para las instituciones que encargaron el estudio y para el entorno social del que todos formamos parte. Pero también narra el viaje en sentido inverso que emprendió el pueblo descubierto y que acabó con su conversión en asociación legalmente constituida. Para ambos se trató de un viaje de estudios, pero también de placer y compromiso, que acabó en un espectacular *coming out* (tanto de las *bandas* como de las instituciones y actores sociales que acompañaron su transformación en *organizaciones juveniles*). Se trata de un recorrido – o más bien de un *vía crucis* –, cuyos antecedentes y evoluciones se explican a continuación.¹

¹ La investigación se basa en los resultados del Proyecto I+D+i: *¿Reyes y reinas latinos? Identidades culturales de los jóvenes de origen latinoamericano en España* [SEJ2005-09333-C02-02/SOCI].

Todo empezó una soleada mañana de junio de 2005, cuando la policía llevó a cabo un dispositivo de control sobre unos 200 muchachos y muchachas, la mayoría de origen latinoamericano, que se venían reuniendo en un *casal* (casa de jóvenes) del Ayuntamiento de Barcelona. Aunque no encontraron nada, los ficharon a todos y al parecer el trato no fue demasiado correcto (“Os tenemos controlados, no os vamos a dejar respirar”, cuentan que les dijeron). Ese mismo día César Andrade (*alias* King Manaba), su líder, aconsejado por la directora del *casal*, me llamó a casa angustiado. Hacía meses que intentaba contactar con ellos, pues la municipalidad me había encargado un estudio sobre el fenómeno de las “bandas latinas” y consideraba que no podía hablar de ellos sin escuchar su voz. Pero hasta ese día todos nuestros esfuerzos habían sido en balde: habíamos empezado a entrevistar a chicos y chicas de distintos países latinoamericanos, y también a adultos vinculados a ellos (familias, profesores, trabajadores sociales, etc.), pero cuando citábamos el tema de las bandas rehuían hablar y expresaban su miedo. También hicimos algún intento de abordarlos, pero los profesionales ponían toda clase de cortapisas. Entonces se nos ocurrió pedir una carta de presentación al equipo de investigadores que habían trabajado con los reyes y reinas latinos en Nueva York, encabezado por el padre Luis Barrios, su guía y asesor espiritual. Pocos días antes de la llamada, entregué la carta a la directora del *casal*, después de asistir a una reunión donde se debía decidir si se seguía permitiendo las reuniones del grupo o se los expulsaba (pues ya todos sabían que eran latin kings). La carta surtió efecto, aunque ignoro qué hubiera pasado si no hubiera intervenido la policía. El lunes siguiente acudí al *casal*, acompañado de mi hijo Iago (un niño latino nacido en Medellín), donde me encontré con King Manaba, King Golden Finger, King Plocky y King Toro (aunque esos *akas* no los conocería hasta mucho después) y se inició una relación continuada e intensa cuyas consecuencias jamás imaginé.

Unos meses antes, en diciembre de 2004, el periódico *El País* me había encargado un artículo sobre el fenómeno de las “bandas latinas”, que acepté redactar porque coincidía con el inicio de la investigación que me acababa de encargarme el Ayuntamiento de Barcelona. Aprovechando la estancia de Germán Muñoz, un colega colombiano especialista en jóvenes, nos pusimos a redactar un texto que intentara ir más allá de los estereotipos al uso y sirviera para contextualizar los escenarios y trayectorias de los peligrosos latin kings. El texto empezaba con una cita de un poema de Bertold Brecht (“Llaman violento al río impetuoso, pero a las orillas que lo comprimen nadie las llama violentas”) y acababa con una referencia al famoso teorema de W.I. Thomas

(“Las falsas creencias pueden tener consecuencias reales”). Al cabo de pocos días de publicarse el artículo, un periodista que solía escribir sobre violencia, con quien había coincidido en un programa televisivo sobre los ultras del fútbol, publicó en el mismo periódico una réplica con un título contundente: “Caníbales y bandas latinas”. El argumento del autor era simple: no podía negar que nuestro texto estaba documentado, pero el tono le recordaba al de aquellos antropólogos que en su relativismo cultural llegaban a justificar el canibalismo (aunque no citaba quienes eran tales colegas). Enseguida pensé en el *best seller* de Marvin Harris que leí durante la carrera y que, pese a sus excesos materialistas, sigue siendo una referencia en mis conocimientos sobre los significados culturales del canibalismo (en este caso del canibalismo azteca). La interpretación materialista de Harris, que contrastaba con las teorías místicas o irracionales anteriores, más allá del debate en torno al déficit de proteínas animales en la dieta de las poblaciones prehispánicas, ponía el énfasis en los procesos sociopolíticos: como forma extrema de dominación del otro, el paso del canibalismo ritual a pequeña escala a la maquinaria de estado a gran escala en que lo había convertido el “reino caníbal”, tenía que ver con la relación costos-beneficios de la centralización estatal y con la transformación de una banda guerrera en una monarquía hereditaria. Comprender por qué unos pueblos se comían a otros – por qué unas bandas *le caían* a otras – era comprender los fundamentos de la vida en sociedad y de la lucha por el poder. Así pues, mientras el canibalismo ritual de los pueblos colonizados podía compararse con el etnocidio de los imperios colonizadores, la violencia cotidiana de las pandillas juveniles podía entenderse mejor a la luz del canibalismo simbólico practicado por los todopoderosos medios de comunicación, del que a lo largo de nuestro trabajo de campo recabamos numerosos ejemplos. De manera que la pregunta central volvía a ser: ¿a quienes estudiamos, a “los otros” o a “nosotros”? O dicho en otros términos: ¿quiénes son los caníbales y quienes son los reyes?

Del fantasma de las bandas a la presencia de los jóvenes

Vinieron a buscar un futuro mejor huyendo de los fantasmas que dejaron atrás.
Alegato de la Fiscalía durante el juicio por el caso Ronny Tapias, 2005.

El 28 de octubre de 2003 fue asesinado en Barcelona el adolescente colombiano Ronny Tapias, a la salida del instituto donde estudiaba, tras sufrir una agresión por parte de un grupo de jóvenes. Según la investigación policial posterior, el asesinato fue un acto de venganza de los miembros de una banda (los Ñetas), que supuestamente

confundieron a Ronny con un miembro de otra banda (los Latin Kings) con el que se habían peleado días antes en una discoteca. El caso supuso el “descubrimiento” mediático del fenómeno de las “bandas latinas”, y despertó una oleada de “pánico moral” que no ha cesado desde entonces. Al cabo de un mes fueron detenidos nueve jóvenes de nacionalidad dominicana y ecuatoriana. Tres eran menores y fueron juzgados y condenados (entre ellos el supuesto autor material del crimen). El juicio a los otros seis (mayores de edad), realizado en abril de 2005, se convirtió en un acontecimiento seguido con gran atención por parte de los medios de comunicación. A raíz de este acontecimiento y de otros que se sucedieron después en Madrid y Barcelona, las alarmas del Ministerio del Interior y de los medios de comunicación, se fue creando una imagen estigmatizada de la juventud latinoamericana. Tras el fantasma de las bandas, una presencia ignorada: la de miles de muchachos y muchachas, llegados a Barcelona desde fines de los años 90 (gracias fundamentalmente a diversos procesos de reagrupación familiar), *(des)terrados* de sus lugares y redes sociales de origen en uno de los momentos más críticos de sus vidas (la siempre difícil transición a la vida adulta), y enfrentados en su lugar de destino a adultos *(a)terrados* (madres superocupadas, padres a menudo ausentes, profesores y asistentes sociales inseguros, vecinos con miedo) frente a su liminaridad jurídica e institucional. Tras esta presencia inquietante, un espectro: el de nuevas formas de sociabilidad que cruzan fronteras geográficas y temporales para reconstruir identidades globales que seguimos confundiendo con pandillas tradicionales.

Los relatos biográficos que hemos recogido de adolescentes y jóvenes latinoamericanos que han vivido la experiencia de la migración parecen estar cortados por un mismo patrón: una fuerte añoranza del lugar de origen simbolizada en los paisajes de la memoria; una adolescencia vivida en familias transnacionales, al cuidado de abuelas y familiares; un sentimiento de destierro por una decisión de venir que ellos y ellas no han tomado; una acogida emocionante y al mismo tiempo traumática en una nueva ciudad y con unos padres y madres prácticamente desconocidos; una añoranza persistente combinada con un firme deseo de asentamiento. Evocaremos este proceso a través de las voces de los propios jóvenes, en cinco momentos clave de su historia migratoria: *allí* (los recuerdos de la infancia en el lugar de origen), *aquí desde allí* (la migración de las madres y padres y las imágenes que iban recibiendo del lugar de destino), *de allí hacia aquí* (la decisión de emigrar, el viaje y la llegada), *aquí* (la

acogida y el asentamiento en el lugar de destino), *allí desde aquí* (los contactos con el lugar de origen y los proyectos de futuro).

Allá: orígenes

¡Los mejores años de mi vida!

Lucía, R. Dominicana, 15

Allí era diferente, diferente en todos los sentidos.

Toño, Perú, 17

Los recuerdos del lugar de origen se remontan a poco tiempo – entre unos años y pocos meses – pero suelen estar tamizados de un cierto romanticismo. La evocación del país abandonado se solapa con la nostalgia de la infancia perdida. De entrada, destaca un paisaje natural y cultural radicalmente distinto: tanto si se trata de un medio rural (predominante entre dominicanos) como si es un medio urbano (predominante entre ecuatorianos y colombianos), la naturaleza – el bosque, el río, el mar – están mucho más cerca y a disposición de los niños y adolescentes para sus juegos y correrías (ello puede explicar la obsesión por acudir a los parques una vez en Barcelona). La urbanización es mucho menor: las calles son más abiertas y de tierra, y las viviendas son amplias casas, no minúsculos apartamentos, con jardines y espacios de mediación comunitaria. Lo fundamental, sin embargo, es la evocación de la comunidad perdida: la importancia de las redes de parentesco, vecindario y amistad en la vida cotidiana del barrio se traducen en la sensación de “ser una persona”, que contrasta con el anonimato e incluso el rechazo que se vive aquí. Otro elemento de contraste es la vida escolar: por una parte, los ritmos horarios son muy distintos y sólo cubren una parte de la jornada (a penas 3 horas en el caso de la República Dominicana, unas 5 horas por la mañana o por la tarde en el caso de Ecuador); por otra parte, la autoridad del maestro es muy superior, aunque la disciplina suele incluir el castigo físico. Ello puede explicar las dificultades de adaptación al sistema escolar de la sociedad de acogida. Por último, la evocación de una fiesta más intensa y cotidiana; el volumen de la música es un tema reiterado: mientras allí el sonido de la cumbia, el reggaeton y la bachata forma parte de la vida diaria, al llegar aquí la primera decepción es la discusión con el vecino por poner la música demasiado alta, lo que de nuevo refuerza el papel de los espacios públicos como refugios de esta vida comunitaria perdida.

Aquí desde allá: destinos

Barcelona me l'imaginava grandiosa.

Vanessa, Ecuador, 13

Esta arcadía perdida empieza a resquebrajarse cuando uno de los padres – normalmente la madre – toma la decisión de emigrar. Pese a algunos precedentes a principios de los años 90 – sobre todo de madres dominicanas – en la mayoría de los casos la decisión de emigrar se produce a finales de los 90, incrementándose gracias a los cambios en la política migratoria después del 2000. El patrón es muy común: primero emigra la madre dejando a los hijos – normalmente pequeños – al cuidado del padre, de las abuelas o de otros parientes; en un segundo momento emigra el padre y finalmente – cuando los papeles lo permiten o la añoranza es demasiado grande – los hijos. La reacción inicial por parte de los hijos es traumática: se quedan huérfanos y les salen “canas”. La ruptura la compensan las abuelas, que se convierten en el centro de la nueva familia transoceánica, y una mejora del nivel de vida gracias a los recursos económicos que su mamá les envía. Ello se traduce en un aumento de su libertad en la vida cotidiana, porque las abuelas o familiares no pueden ejercer el control autoritario de los padres, e incluso tratan a estos jóvenes como una especie de seguro para su bienestar material. La abuela se convierte en una figura central, que se convertirá en el principal resquemor cuando deban tomar la decisión definitiva de emigrar. Mientras tanto, van recibiendo noticias sesgadas de la sociedad de acogida, que les conducen a la creencia de que esto es un paraíso donde ellos vivirán “como reyes” o “como princesas”. El referente suelen ser los Estados Unidos; en muchos casos ni siquiera saben exactamente donde está España (y todavía menos Cataluña). Sólo saben que es el lugar donde viven sus madres y desde donde les envían “plata” (a la que denominan “dólares” o “yankies”). El dinero que llega desde España se utiliza para mejorar la vivienda y la alimentación, en permitir estudiar en centros privados o incluso en la universidad, aunque lo que acaba de convencer a los jóvenes es el dinero de bolsillo para la diversión y el consumo: estas “vanidades” las empezarán a perder cuando lleguen, lo que explica en parte el *shock* inicial. Finalmente, las madres les ponen frente al dilema de emigrar. Aunque el motivo inmediato suele ser accidental – la llegada de los papeles, la muerte de un familiar, la entrada del joven en una pandilla – la razón de fondo es la convicción por parte de las madres de que el tiempo para la reagrupación se agota: sus hijos han pasado de la infancia a la adolescencia alejados de ellas, y si tras pasan la juventud será imposible refundar la familia. Por ello la decisión es traumática, pero casi nunca tiene vuelta atrás.

De allá para aquí: tránsitos

Se siente una tristeza muy grande.

Christian, Ecuador, 16

Cuando se acercaba el viaje ya no quería venirme para acá.

Nanda, Ecuador, 19

La decisión de emigrar reemplaza en los relatos los dilemas de la crisis de la adolescencia. Lo fundamental es que, en general, no se trata de una decisión libremente tomada por los jóvenes: el proyecto migratorio es de sus progenitores y puede ser vivido por los hijos como un “destierro” forzoso. A la cantinela del “yo no decidí venir” le corresponde el recuerdo de una cierta resistencia: “me daban pena” (dejar a los amigos, los parientes y sobre todo a la abuela). Una vez tomada la decisión, los trámites corresponden a los padres: deben conseguir los papeles y el dinero para el boleto. El viaje suele ser el primero que hacen en avión (a la impresión de volar se une la angustia por dejar el propio país sin saber cuando podrán regresar). El pequeño equipaje con el que llegan – algo de ropa, alguna carta, alimentos – representa el cordón umbilical que los mantendrá unidos espiritualmente con el lugar de origen (por cuando el equipaje se extravía, como le pasa a uno de nuestros testimonios, el dolor es mayor). Esta pena queda súbitamente aparcada cuando se reencuentran con los familiares que les reciben al llegar: a muchos de ellos no los veían hace tiempo. La madre con la que se reencuentran es una persona distinta a la que habían conocido y lo mismo sucede con los hijos para las madres. El trauma del reencuentro puede llegar a las manos: varios jóvenes evocan castigos físicos o peleas con sus padres y madres en las primeras semanas después de llegar. Por una parte los progenitores se ven impotentes para controlar a los hijos que han crecido con gran libertad y que temen perderla de golpe. Por otra parte, la distancia ha socavado la autoridad de los padres, por lo que el recurso a utilizar el poder físico es una tentación fácil. Sus condiciones de vida material y laboral son peores de las esperadas por los hijos, y sus horarios les impiden pasar con ellos el tiempo necesario. Sin embargo, con el tiempo muchos jóvenes empiezan a valorar el sacrificio de sus padres y madres y se esfuerzan en compensarles. Cabe decir que este proceso es algo distinto para aquellos que emigran tras la mayoría de edad, ya jóvenes maduros: al formar parte de un proyecto autónomo – motivado por el deseo de estudiar, progresar o formarse en las artes del circo – la decisión es menos traumática, pero al llegar no encuentran las redes de apoyo familiar de sus más jóvenes compañeros (y en algunos casos padecen el *shock* de las policías aduaneras). Los relatos de los

primeros días en el lugar de destino recuerdan la liminariedad de los ritos de paso: una sensación de soledad y vacío, de asilamiento (muchos de ellos pasan los primeros días sin salir de casa), que solo superarán cuando al cabo de poco tiempo empiecen a ir a la nueva escuela.

Aquí: acogidas

Pensaba que todo era bonito, vine muy ilusionado y después llegas...
La Cruz, Ecuador, 17

Como que cambia todo con lo que dejaste atrás.
Carolina, Bolivia, 16

La primera impresión al llegar es el contraste entre las expectativas y la realidad: los padres no viven tan bien como esperaban, la vida no será tan fácil como pensaban, el paraíso imaginado se convierte por momentos en un pequeño infierno. El primer choque se da con la nueva vivienda y el entorno residencial. Pasan de una casa amplia rodeada de naturaleza o espacios semiurbanizados a un piso de apartamentos en un medio urbanizado. Deben compartir este espacio con unos padres recuperados, con otros parientes y en algunas ocasiones con otros paisanos (aunque estas situaciones están más cerca de los pisos compartidos que de las *camas calientes* a destajo). No sólo no disponen de habitación propia, sino que deben acostumbrarse a unas normas de convivencia distintas a las de su país de origen (los conflictos por el volumen de la música son un *leit motiv* en los relatos). Cuando salen a la calle, el cemento y el asfalto lo dominan todo: frente a un vecindario donde todo el mundo les conocía, se encuentran con un barrio anónimo, con escasos espacios verdes, y con algunos vecinos que les empiezan a mirar con malos ojos. Al cabo de pocos días acuden al lugar que a partir de ahora ocupará la mayor parte de su tiempo: la escuela. El recuerdo de este aterrizaje varía en función del nivel educativo, del momento y del tipo de centro – mejor cuando los latinos son numerosos pero no mayoría. La primera sorpresa es el papel de la lengua catalana, que desconocían o consideraban marginal. Frente a las políticas oficiales de cohesión lingüística – las aulas de acogida apenas aparecen – lo relevante es el contraste con la cultura escolar de origen en dos aspectos que ya vimos con anterioridad: los horarios y la autoridad. Si encuentran el apoyo de los compañeros o de algún profesor, el *impasse* puede superarse. Pero si se topan con reacciones racistas – reales o percibidas – se empieza a alimentar un cierto resentimiento. El momento clave en el proceso de asentamiento es el tránsito de la escuela secundaria al trabajo. Aunque algunos testimonios valoran positivamente experiencias como los programas de garantía

social, la mayoría lamenta la situación de liminariedad jurídica a la que se ven abocados entre el final de la escolaridad obligatoria – a los 16 años – y la mayoría de edad – a los 18. Frente a una acogida residencial, escolar y laboral problemáticas, el éxito del asentamiento se juzga en el plano del tiempo libre y de la sociabilidad. La posibilidad de consumir – de acudir a centros comerciales y lugares de ocio – se vive como una equiparación simbólica con los jóvenes de la sociedad mayoritaria. En cambio, la construcción de la diferencia se desplaza a los locales “latinos”, al uso de espacios públicos, y a la reinención de una estética “latina”). Se trata de un proceso de distinción que analizaremos más adelante.

Allá desde aquí: asentamientos

Todos los jóvenes tenemos un propósito, tenemos un sueño.
Gisela, Bolivia, 20

Yo daría todo por estar en mi país.
Yankee, Ecuador, 16

Tras un periodo de acogida que dura unos meses, y un periodo de asentamiento que puede durar unos años, llega el momento de tomar una decisión que se considera definitiva: regresar o quedarse. A diferencia de la decisión de venir, que fue tomada por los padres, los jóvenes son conscientes de que ahora esta decisión les corresponde a ellos. Los argumentos para tomarla se verbalizan como un balance de costos y beneficios: ¿he ganado o he salido perdiendo al emigrar? El balance aparentemente es negativo: las condiciones de vida material – representadas por la capacidad adquisitiva – han mejorado desde la llegada, pero pueden ser peores de las que se disfrutaban en el lugar de origen: el dinero aquí cunde mucho menos. En cuanto a las condiciones de vida social, la añoranza de los amigos y parientes no se atenúa con el tiempo y se revive cada vez que se tiene algún conflicto en la escuela o el trabajo. Todo ello se ve agravado por la situación de liminariedad jurídica que nunca se acaba de solventar: con el final de la adolescencia, la preocupación por “los papeles” – de empadronamiento, residencia o trabajo – se traspasa de los padres a los hijos. El contacto con el lugar de origen se va haciendo más esporádico, pero es igualmente intenso: se envía dinero a padres o abuelos, se habla semanalmente o mensualmente con los familiares, y se *chatea* cotidianamente con los amigos. El *messenger* – y en menor medida la videoconferencia – se han convertido en un instrumento barato y muy efectivo para mantener abierta la posibilidad de retorno. Se trata de un instrumento con el que los adolescentes tienen gran familiaridad: gracias a él ayudan a sus padres a recuperar el contacto con sus

familias de origen. Este contacto se revitaliza cuando es posible el regreso temporal, gracias a unas merecidas vacaciones tras la regularización. Para los jóvenes, en cambio, esta visita revive los fantasmas de la primera migración e incluso hace replantear la decisión de quedarse: volver a encontrar a los abuelos y a los amigos tras algunos años de separación, recuperar los olores y sabores de la infancia, les llena de nostalgia. En la mayoría de los casos, sin embargo, el regreso definitivo no es posible: no sólo supone el reconocimiento de un fracaso sino que son conscientes que su futuro está aquí: la familia se ha ido trasladando, las redes de amistad se han ido recomponiendo, y las posibilidades educativas y laborales son mayores.

De bandas latinas a organizaciones juveniles

Tras analizar las vidas de los jóvenes de origen latinoamericano, nos centraremos en su componente más visible: la presencia de las denominadas “bandas latinas”. Aunque según la misma policía no constituyen más que el 5% del total de los jóvenes inmigrantes, el denominado “fantasma de las bandas” (basado en nombres sonoros como el de latin kings, ñetas, vatos locos, Mara Salvatrucha, Panteras Negras, etc.) llegó a contaminar la imagen social de la totalidad de los muchachos y muchachos llegados a Barcelona desde principios del 2000. En este apartado resumiré el discurso que en torno al fenómeno fueron creando la prensa, los adultos, los jóvenes y las propias bandas.

Las “bandas” según los medios

El temor a las bandas juveniles violentas ya es una realidad.
La Vanguardia, 02/11/2003

Los medios de comunicación han jugado un papel muy importante en la creación y generalización de una imagen determinada de los grupos de jóvenes latinoamericanos que habitan en la capital catalana. Es decir, los medios han sido capaces de generar opinión pública en torno a los colectivos integrados por jóvenes latinoamericanos: han contribuido a generalizar la idea de “banda” en el sentido peyorativo del término. Para hacer este capítulo nos hemos centrado en análisis de la prensa escrita y de algunos de los programas televisivos que han tenido a estos colectivos como actores protagonistas. Si bien las notas literales provienen todas de la prensa escrita, muchos de los comentarios que se hacen en relación al proceso estigmatizador y estereotipador que han protagonizado los medios es válido tanto para la prensa como para la televisión. Los

medios han contribuido a crear en este caso un retrato *general* de la juventud latinoamericana cuyos contornos, directa o indirectamente, han estado relacionados con hechos de carácter criminal. Si a esto le agregamos que, en los imaginarios sociales más consolidados y tradicionales, existe ya una percepción y un juicio por medio de los cuales se establece una relación entre los procesos migratorios, de hoy y de ayer, con la marginalidad, la pobreza y *por ende* con la peligrosidad social (de la que serían portadores *casi naturales* los inmigrantes y especialmente si son jóvenes), el resultado que obtendremos es una absurda y nociva generalización que obviamente impide ver la complejidad de fenómenos sociales de gran calado.

Las “bandas” según los adultos

¡Sólo les falta el pañuelo y son un Esplai!
EducaDor de Calle

En los discursos adultos se detecta la influencia mediática reflejada en tres grandes mitos que aparecen de modo recurrente, y que algunos de los adultos entrevistados ponen en cuestión: se trata de las ideas de territorialización de las “bandas”, la estética, y la finalidad delictiva. Al mismo tiempo, estos mitos tienen sus propias contradicciones, que aparecen sobre todo al contrastarlos con los adultos que sí tienen experiencias directas con las organizaciones. La ausencia de relación directa con el tema y la omnipresencia del discurso mediático tiene como consecuencia inmediata una sensación de miedo que aparece en numerosas entrevistas. Este miedo inicial se matiza con el intento por parte de los adultos de comprender el fenómeno, cada cual desde su ámbito y según sus esquemas interpretativos. Así, surgen las primeras comparaciones valorativas que intentan establecer diferencias y similitudes entre jóvenes inmigrantes y autóctonos. En primer lugar hay algunas que enfatizan el aspecto identitario, los vínculos emocionales, el sentimiento de pertenencia. En ellas se observa el intento de explicar por qué un adolescente se vincula a las organizaciones. En este mismo sentido, algunas comparaciones tienden a enfatizar la dimensión organizativa similar a otras agrupaciones. Por otra parte, aunque no necesariamente en personas diferentes, están las analogías con organizaciones esencialmente peligrosas o ilegales. Los jóvenes con determinada vestimenta se convertían automáticamente en sospechosos, por lo cual los vecinos de parques se quejaban, en algunos institutos se prohibía parte del atuendo, las gorras, y se consideraba, siguiendo la propuesta de la

prensa, que un delito cometido por una persona con dicha vestimenta era automáticamente un acto perpetrado por una banda, incluso con nombres concretos.

Las “bandas” según los jóvenes

La gente ahora piensa que todos los latinoamericanos somos de una banda.
Toño, Perú, 17

Cuando han superado la primera fase de adaptación, los jóvenes latinos – tanto los que habían formado parte de algún grupo en el lugar de origen como los que no, que son la mayoría – se topan de distintas maneras con las bandas (primero como fantasma y después como presencia). Los que tenían vinculaciones con pandillas, naciones o asociaciones en el lugar de origen, pueden conocer a hermanitos y hermanitas que llegaron antes que ellos y con quienes al cabo de un tiempo “se reportan”. El resto suelen entrar en contacto con el tema a través de los medios de comunicación: ya sea porque ven un reportaje en la televisión o porque leen la prensa gratuita, no tardan en enterarse que aquí hay ‘bandas latinas’. En seguida encuentran algún vecino o algún joven autóctono que les mira mal y les acusa de ser pandilleros – aunque la mayoría, insistimos, no lo sean. En la escuela, coinciden con algún joven latino como ellos que les habla de las bandas. Al salir de la escuela, en los parques cercanos a sus casas, encuentran a grupos de jóvenes latinos que se reúnen en grupo para jugar a basket, fútbol, escuchar música o simplemente hablar. Aunque la mayor parte de estos grupos no son bandas, los vecinos y jóvenes españoles tienden a sospechar que lo son. La mayoría de jóvenes que hemos entrevistado declaran no ser miembros de bandas, aunque casi todos tienen informaciones sobre el tema. Como sucede con los adultos, circulan muchos rumores y leyendas urbanas. No se las acaban de creer pero ejercen sobre ellos un fuerte atractivo: la imagen proscrita y peligrosa de este mundo, y la estigmatización social que la acompaña, no sólo no suponen un freno sino que pueden ser un incentivo para que puedan buscar refugio en estos grupos. Aunque los relatos son muy variados, hay un elemento común que se repite: la denuncia de ser confundidos por pandilleros por el simple hecho de ser latino e ir vestidos de una determinada manera. La denominación “estética latin king” ha calado hondo no solo entre los medios de comunicación sino también entre la opinión pública e incluso entre sus propios padres. Muchos adultos tienen a pensar que un latino forma parte de una banda – “es latino” – por el simple hecho de “ir de rapero-a”. Se trata de una profecía que en algunos casos puede autocumplirse: a fuerza de acusarlos de ser pandilleros algunos jóvenes acabar

buscando refugio en la banda. Aunque los jóvenes comparten con los adultos muchos mitos y leyendas, la diferencia con ellos es que pueden acabar conociendo a alguien que está en un grupo – “alguien de mi leva” – y por tanto contrastando estos fantasmas con personas y rostros reales. Una parte significativa de nuestros informantes reconocen haber recibido propuestas para entrar en alguno de los grupos citados, aunque casi todos se negaron por distintos motivos. Al conocer a alguno de sus miembros el contraste con la imagen previa alimenta el atractivo: no son tan malos como los pintan.

Las “bandas” según las “bandas”

Todo el mundo nos critica, pero realmente no saben qué queremos hacer para nuestra gente

Allan, Ecuador, 23

Son muy pocos los jóvenes que una vez en Barcelona reconocen espontáneamente formar parte o estar cerca de una agrupación juvenil. Sólo los tres participantes en la entrevista de grupo que reproducimos el apartado siguiente reconocen abiertamente formar parte de una nación. De las 30 entrevistas individuales 3 personas se manifiestan cercanas: uno formó parte al principio, otro estuvo a punto de entrar y el tercero se salió (las informaciones que manejan muestran su cercanía y conocimiento directo del tema). En los grupos de discusión se trató el tema sin hablar directamente de la pertenencia. Y en los cuestionarios del instituto, pese a su carácter anónimo, sólo uno de los 70 (una chica) explicita su pertenencia a un grupo. En el estudio realizado en la cárcel de menores, solo uno de los internos reconoce su pertenencia a una organización aunque otros tres pueden serlo también. Estos datos confirman tres supuestos del estudio: el carácter minoritario de los jóvenes pertenecientes a dichas organizaciones (que corresponde a grandes rasgos a los datos policiales); el atractivo que ejercen para la mayor parte de los jóvenes latinos, sobre todo los varones; las (fundadas) reticencias a reconocer abiertamente la pertenencia. Acabaremos esbozando brevemente la visión de los miembros de una de las organizaciones que hace unos meses empezaron a reunirse en un Casal de Barcelona con el objeto de transformar su organización en una asociación legalizada, dedicada a la defensa de los jóvenes latinos y a la promoción de actividades culturales. Se trata de una organización surgida en Estados Unidos en los años 40, implantada en Ecuador en 1992, que llegó a España en 2001 con la primera oleada de jóvenes ecuatorianos, y empezó a difundirse entre jóvenes latinos y de otras nacionalidades. Para comprenderlo

recuperaremos las fases de los relatos biográficos a los que nos hemos referido con anterioridad:

- ¿Cómo se llama y en qué consiste vuestra organización?

Marco Antonio: Se llama ALKQN. Almighty Latin King and Queen Nation. Que en castellano es Todopoderosa Nación de los Reyes Latinos y Reinas Latinas. Pero en Ecuador es conocida como Sagrada Tribu Atahualpa Ecuador, Organización Cultural STAE Nation. Se fundó en Ecuador en el año de 1994, cuando llegó un hermano de Nueva York que se llamaba Boy Gean (Gean Carlos Cepeda). El fue el primer hermanito en llegar a Ecuador. En realidad no fue el primero, pero él fundó la nación e implantó la bandera.

- ¿Que es una nación para ustedes?

Marco Antonio: Un grupo de personas que se rigen por un solo gobierno, raza, constitución, leyes.

- Pero es un tipo de nación algo especial...

Marco Antonio: Bueno es casi igual: nosotros vivimos aquí una nación en la cual tenemos un presidente, vicepresidente, un secretario, un tesorero, un consejero, un jefe de guerra, maestros que enseñan, nuestras políticas, reglamento, tenemos una corte suprema, jueces... Dentro de nuestra organización, vivimos una nación dentro de la otra nación, que es España. Tenemos las mismas leyes, en unos las cumplen, en otros no las cumplen. Por ejemplo: Hay reyes en Madrid que no cumplen lo que es la constitución, no cumplen las leyes, rompen las leyes cuando les da la gana. Nosotros no, tratamos de que las conozcan, respeten y apliquen. Esa es nuestra misión. Nosotros somos misioneros, como quien dice. Nosotros somos pastores: enseñamos la Biblia a los hermanitos, a las personas que quieren saber de nosotros. De ahí viene el trato de hermanitos, porque también dentro hay una religión, en toda religión te tratas de hermano y hermana. La nación empieza en 1940, en Chicago. Empezaron unos hermanitos con el objetivo de defender a la raza, porque los latinos eran maltratados allá. Dijeron: “Busquemos un emblema que nos represente”, y encontraron la corona. La corona representa realeza, del nombre vendría Latin Kings. De los 40 a los 60 dejaron de ser escuchados, ya entonces vuelven a ser escuchados con más fuerza. De ahí vienen unos hermanitos y ponen el nombre de ALKN, no había Queen, no había reinas en ese tiempo. Los colores eran el amarillo y el negro: el amarillo por el sol que nos ilumina y el negro por el conocimiento y en honor a nuestros hermanos difuntos también. Todo surge en Chicago. Lo de representar con nuestra bandera, los rosarios, decidieron poner las doradas y las negras en honor a los hermanitos. El rosario en sí es uno mismo, uno representa eso, uno sabe como lo trata el rosario. Al unir el dorado con el negro forma la fuerza café, el linaje de nuestra raza. Ya después de los 60 los hermanitos empiezan a emigrar a Nueva York. Lord Gino dijo: “La nación no debe ser solo en Chicago, también en Nueva York, en otras partes”. Ya empezó a salir King Blood (Luis Felipe) en Nueva York. Ya empezó a haber conflicto entre los diferentes grupos, porque querían tener el control de todo. Hubo un hermanito que dijo: “Para que no haya ese problema, vamos a poner un nombre que nos represente a todos”. Y escogieron Almighty Latin King Nation.

Allan: En España (la nación) se fundó en el 2001. Al ver al principio el maltrato que había hacia los latinos, el abuso, fue creando nuestra nación aquí. Porque aquí había muchos hermanos, en Madrid y Barcelona, pero estaban dispersados, no tenían la autorización. Él fue el primero que implantó la bandera aquí. Todo el mundo nos critica, pero realmente no saben qué queremos hacer para nuestra gente. Incluso gente de nuestra propia raza nos critica, dicen que por culpa de unos pagan todos: es verdad, pero nosotros no andamos haciendo daño en la calle así por así, sino que queremos que nos entiendan, que nos comprendan, que luchamos por unos propósitos para unir a nuestra raza, a nuestra gente, unir a toda la gente.

Héctor: Al principio solo ecuatorianos. Pero somos reyes latinos, no ecuatorianos, de toda Latinoamérica, desde el río de Estados Unidos hasta la cola de Argentina. Y ahora no estamos viendo si eres latino o no, porque fuéramos nosotros racistas. Si vienes de donde sea, si vienes a luchar con los mismos propósitos, la misma ideología, la puerta está abierta, los que se rijan por nuestras leyes se aceptan. Lo que dice la prensa, de que tienen que pasar por toditos, que tienen que hacer la sonrisa del payaso, que te cogen y te rayan la cara, todo eso es mentira, no es verdad.

Marco Antonio: Los hermanitos cuando empezamos nos reuníamos en un parque. Luego empezamos a conseguir un local, que siempre ha sido mi mentalidad de conseguir locales, que la gente se sienta a gusto, segura, que no tengan el pensamiento en un parque de mirar a un lado y al otro y no concentrarse en lo que uno está hablando. Yo les dije: “Busquemos un lugar donde ustedes se sientan seguros, donde yo pueda hacer las reuniones el primer domingo del mes”. Yo no sabía lo que eran los casales antes. ¡Pum! Fuimos el primer domingo, nos gustó. Yo me daba cuenta de que ellos dudaban, todos nos veían con cara de ¿serán o no serán?

Conclusiones: investigación aplicada *versus* investigación implicada

Es axiomático que la Antropología en su verdadero, amplio concepto, debe ser el conocimiento básico para el desempeño del buen gobierno, ya que por medio de ella se conoce a la población que es la materia prima con que se gobierna y para quien se gobierna.

Manuel Gamio 1960 [1916]:15.

Vai avanti, tu che sai, tu che puoi, tu che vedrai. Non ci abbandonare, tu che sai, tu che puoi, tu che vedrai.

Palabras de un campesino del sur de Italia a Ernesto de Martino, 1962.

Si concebimos la antropología como una forma de “crítica cultural” (Marcus y Fischer, 1986) y vemos al antropólogo como un “observador comprometido” capaz de mediar no sólo en la comprensión sino también en la resolución de conflictos (Sanford y Angel-Ajani, 2005), podemos legítimamente preguntarnos en qué medida nuestra investigación ha tenido efectos sociales más allá de las repercusiones mediáticas, y cual es el papel de la reflexión académica en el cuestionamiento de estereotipos culturales. En definitiva, debemos interrogarnos sobre qué tipo de “aplicación” han tenido nuestra participación observante. En su reflexión, ya clásica, sobre la dimensión aplicada de la antropología, Teresa San Román (2007) recuerda que la primera responsabilidad social de la investigación aplicada es que sea buena investigación, y propone distinguir tres variantes del modelo: la antropología “orientada”; la “investigación-acción”, y la antropología “participativa”. Oriol Romaní, comentando nuestro estudio desde la perspectiva de la *public anthropology*, añade una cuarta categoría: más que de antropología “aplicada”, elaborada desde la distancia y partiendo una supuesta “objetividad”, nuestro trabajo sería una forma de antropología “implicada”, planteada desde la proximidad y el reconocimiento de la interacción dialógica que se establece entre investigador y sujetos de estudio:

Evidentemente, no se trata de negar la validez de una investigación básica o de una antropología académica, en el mejor sentido del término, sino de subrayar que una “antropología implicada” deberá poner a prueba sus teorías de forma tanto más precisa, más “fina”, cuanto que éstas van a ser contrastadas con la realidad empírica. Y, en definitiva, de reivindicar la mejor tradición académica, aquella que – en colaboración o no con otras instancias públicas – produce el conocimiento crítico que contribuirá a la transformación social. (Romaní, 2006:278)

En noviembre de 2005, después las jornadas de presentación de nuestro estudio, tuvo lugar un seminario técnico para valorar las consecuencias del informe. Aunque yo

estaba en Madrid en un congreso sobre la adolescencia, explicando ante un millar de personas incrédulas lo que había sucedido en Barcelona, los miembros de mi equipo que participaron en él tuvieron que soportar un “chaparrón” de críticas por parte de algunos profesionales de la policía, los servicios sociales y las políticas de juventud, que veían como las medidas que habían aplicado hasta entonces eran cuestionadas. Estas medidas se basaban en un triple discurso dominante hasta entonces sobre las “bandas juveniles”: el discurso criminal, el discurso sectario y el discurso moralizador. Según el discurso criminal, las bandas latinas eran organizaciones cuyo objetivo era el delito, aunque se revistieran de una pantalla cultural, por lo que las únicas medidas válidas eran de carácter policial y penal. Según el discurso sectario, las bandas latinas eran agrupaciones seudoreligiosas, con un fuerte componente de control psicológico, por lo que las únicas medidas válidas eran terapias equiparables a la “des-adicción” (la entidad que intervenía en este tema, AIS, venía de la lucha contra las sectas “destructivas”). Según el discurso moralizador, las bandas latinas eran un residuo de formas de sociabilidad callejera que se daban en los países de origen, sin parangón en la sociedad de acogida, por lo que de ninguna manera podían equipararse a las entidades autóctonas (de los boy scouts al asociacionismo juvenil). En una crónica de las jornadas se resumió así tal dilema “Buenismo antropológico y escepticismo policial” (*El Punt*, 22/11/05). Pese a estas reticencias, el responsable del encargo, director de los servicios de prevención, con el apoyo del entonces concejal de seguridad (y hoy alcalde) Jordi Hereu, decidieron asumir las conclusiones del estudio y apoyar un inédito proceso de “legalización”, llevado a cabo durante 2006 con un éxito notable.

En diciembre de 2006, con motivo de la presentación del libro, tuvo lugar un seminario de devolución, en el que participaron muchos de los que lo habían hecho en el encuentro de lanzamiento, dos años antes. En el mismo un técnico municipal hizo una intervención harto significativa: las autoridades municipales se estaban dejando llevar por el “síndrome del antropólogo” (*sic*): en lugar de hacer caso de los profesionales que saben, escuchan lo que dicen investigadores externos. En esas intervenciones no se aportaban datos nuevos, sino que se reiteraban los mismos mitos y leyendas analizados en el apartado sobre la visión de los adultos. En el fondo ponían de manifiesto el miedo ante la necesidad de cambiar de perspectiva y los conflictos de competencias entre distintos sectores de la administración (seguridad, juventud y servicios sociales). En el mismo seminario, sin embargo, también se escucharon intervenciones favorables. Los más entusiastas fueron los representantes de las entidades latinoamericanas (agrupadas

en Fedelatina). Ellos habían vivido en carne propia las consecuencias del estigma, que afectaban no sólo a los jóvenes sino que pesaban como una losa sobre el conjunto de la población latinoamericana: se acusaba a las familias de ser demasiado tolerantes con sus hijos, de dedicarles poco tiempo y atención (sin ser conscientes que ello era en buena parte debido a las condiciones laborales que las madres y padres de los jóvenes latinos tenían en nuestro país). Por ello se implicaron en dotar de contenido al proceso.

Sea como fuere, el estudio y la posterior publicación actuaron como “signo de contradicción”, permitiendo que las distintas actitudes en torno al tema, hasta entonces más o menos implícitas, afloraran y se debatieran públicamente. También permitió un cambio en las políticas públicas de atención a los jóvenes inmigrantes. En una mesa redonda celebrada en octubre de 2006 en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, acompañado de George Yúdice, un conocido responsable de la política cultural local me preguntó como se había estructurado esta obra de “ingeniería social” que para él constituía el experimento de legalizar a los latin kings, preguntándole a mi compañero de mesa, que había investigado en Rio de Janeiro, que diera su opinión. Tuve que responder que no había habido ningún proyecto de ingeniería social, pues la iniciativa de la legalización había surgido de los propios grupos. Lo único que habíamos hecho era responder a unas demandas y “conectar” a los jóvenes con diferentes agentes sociales. En el fondo, lo que había cambiado no eran tanto las organizaciones juveniles en si mismas sino el entorno social e institucional con el que interactuaban, que en el transcurso del estudio se convirtió también en objeto de nuestra investigación.

¿Qué ha aportado esta forma de antropología implicada a nuestro saber? De entrada, el estudio no hubiera sido posible sin una fuerte implicación científica, política y moral, que en este caso tuvo un fuerte componente *transnacional*. Investigar la vida transnacional supone a menudo trasladar a la metodología la movilidad geográfica y cultural de los sujetos investigados (Besserer, 2004). Pero también supone colaborar con otros científicos sociales en una forma de investigación en red que va mucho más allá de la mera comparación. Como recuerdan Barrios, Esparza y Brotherton (2006), el proyecto de Barcelona fue en parte posible gracias a la experiencia de Nueva York, los proyectos de Génova y Quito pudieron iniciarse gracias a los contactos realizados en Barcelona, y el eco de la constitución de las asociaciones de los reyes de Barcelona está teniendo efectos en otras ciudades. Pero hay un efecto todavía más trascendente de la antropología implicada: sus consecuencias teóricas. Haber podido observar desde la primera línea de trincheras como se construyen y deconstruyen el fantasma de las

“bandas latinas” en las aulas, los parques, las casa de juventud, los despachos políticos, las unidades policiales, las cárceles, las salas de baile, los periódicos, la televisión, en Barcelona, Génova y Nueva York me permite ahora, en que por primera vez puedo tomar algo de distancia, poder reflexionar sobre los sentidos de estas vidas líquidas (imaginada desde unos miedos también líquidos: Bauman, 2006) desde una disciplina con sólidas raíces: una antropología entendida – en palabras de Manuel Gamio (1916/1960), fundador de la antropología mexicana – como la “ciencia del buen gobierno” y practicada – en palabras de un campesino dirigidas a Ernesto de Martino, fundador de la antropología italiana – como una particular habilidad para saber, poder y ver. Pues en eso consiste la *autoridad etnográfica*: en la capacidad para observar, conocer y transformar la realidad, en este caso, la realidad de los reyes y reinas latinos que, como King Manaba, Queen Melody y tantos otros, han compartido con nosotros su vida. Su Vida Real.

Bibliografía

- BARRIOS, L.; ESPARZA, M.; BROTEHERTON, D. (2006). “Barcelona desde Nueva York”. In: FEIXA, PORZIO, RECIO. *Jóvenes latinos en Barcelona*. Barcelona: Anthropos.
- BAUMAN, Z. (2006). *Miedo líquido*. Barcelona: Paidós.
- BESSERER, F. (2004). *Topografías transnacionales*. México: Plaza y Valdés, UAM.
- DE MARTINO E. (1962). *Furore simbolo valore*. Milano: Saggiatore.
- FEIXA, C. (dir); PORZIO, L.; RECIO, C. (coords). (2006). *Jóvenes latinos en Barcelona. Espacio público y cultura urbana*. Barcelona: Anthropos.
- FEIXA, C.; MUÑOZ G. (2004). “¿Reyes Latinos? Pistas para superar los estereotipos”. In: *El País*. 12/12/04.
- GAMIO, M. (1916/1960). *Forjando patria*. México: INI.
- MARCUS, G. E.; FISCHER, M. J. (1986). *Anthropology as Cultural Critique*. Chicago: U. Ch. Press.
- ROMANÍ, O. (2006). “Barcelona desde la academia (o los avatares de una antropología implicada)”. In: FEIXA, PORZIO, RECIO. *Jóvenes latinos en Barcelona*. Barcelona: Anthropos.
- SÁN ROMÁN, T. (2007). “La exigencia etnográfica en la acción social”. In: Conferencia pronunciada en el Institut Català d’Antropologia. Barcelona: 28/11/07.
- SANFORD, V.; ANGEL-AJANI, A. (eds). (2006). *Engaged Observer. Anthropology, Advocacy and Activism*. New Brunswick: Rytgers UP.